

El Abominable Hombre Nuevo*

The Abominable New Man

Darcy Ribeiro

Cita recomendada:

Ribeiro, D. (2023). El Abominable Hombre Nuevo. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 24, pp. 327-335

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2023.7670>

Recibido / received: 01/02/2023
Aceptado / accepted: 03/03/2023

Tengo en mis manos su ambicioso cuestionario.
Responderé como quien piensa en voz alta.
Más en relación con sus preguntas
que a sus propias preguntas.

I. Civilización y barbarie

Quieres saber si sus preguntas sobre el destino humano tendrían sentido para cualquier hombre. Incluso para un hipotético miembro de una tribu amazónica. No. Probablemente no. Ese tribal amazónico está encerrado en su cultura y sólo ve, y sólo entiende lo que ésta le permite ver y entender. Nosotros también estamos encerrados en nuestras culturas y sólo percibimos lo que ellas han elaborado previamente para nosotros como inteligible. Sería necesario un denominador común para poder dialogar con él. Pero también sería indispensable toda una racionalidad común.

El denominador común existe. Es enorme. Empieza por nuestra herencia físico-biológica como seres vivos, zoológicos, vivíparos (no ponemos huevos), mamíferos primates, omnívoros (pastamos y trinchamos), erectos bípedos (el dolor ciático es nostalgia de la posición cuadrúpeda); casi lampiños (salvo ustedes los europeos, que son bastante peludos), capaces de una actividad sexual continua (...) y no sometidos al cielo. Esto para empezar, porque hay mucho más.

Más allá de este sustrato físico, tenemos en común con ese hipotético indígena mucho más de lo que pensamos. Es un hombre integral, aunque no terminal. Piensa y habla con un lenguaje tan bueno o tan malo como el nuestro. Siente y reacciona en la mayoría de las situaciones como nosotros, basándose en un psiquismo esencialmente idéntico. Es capaz de amor e incluso de amores depravados, de odios

* Traducción de Fabricio Pereira da Silva. Extraído de Ribeiro, D. (2013), *Ensaíos insólitos*. Fundação Darcy Ribeiro, pp. 21-37. El texto original fue escrito alrededor de 1972.



furiosos, de la ternura más suave, de celos atroces, de miedos aterradores, de risa alegre, de tristeza vil, de pudor, de orgullo y de mil sentimientos más en gamas extremadamente sensibles.

Pero su racionalidad no es la nuestra. Nunca entenderían nuestros motivos de lucro y codicia ni nuestra propensión a la violencia gratuita. ¿Es racional nuestra racionalidad? ¿O ellos son irracionales? En absoluto. Lo que ocurre es que nuestras mentalidades reflejan experiencias muy diferentes. Y también diferentes inexperiencias. Lo cierto es que, en su inocencia, conservan una frescura intelectual, una viva curiosidad que perdimos hace mucho tiempo en los vericuetos de la evolución. Esto es lo que hace que cualquier indio sea tan capaz de sentir curiosidad como un intelectual romano. Es decir, un hombre mucho más curioso que un campesino italiano o un obrero francés. Estos dos últimos prototipos de lo humano son producto de una secuencia milenaria de vicisitudes que los conformaron, especializaron y mediocrizaron en relación con nuestro salvaje. Me refiero a la estratificación social y sus efectos sobre la conciencia.

Expliquémonos: la cultura de nuestras sociedades, como símil conceptual del mundo a partir del cual producimos nuestras condiciones de existencia, se divide en múltiples configuraciones correspondientes a los grupos de estratificación. Así, hay una subcultura campesina –o más de una–, otras urbanas, y dentro de éstas una cultura popular folclórica, otra erudita de los letrados. Existes dentro de esta última: hablas su lenguaje y ves los problemas desde la perspectiva que ella te da. El campesino y el obrero se sumergen en otros caldos, cuyo sabor ni tú ni yo probaremos jamás. Sin embargo, ambos saben de nuestra existencia y perciben cierta relación mutua con nosotros y con toda la clase de los letrados. Principalmente con los que dominan el conocimiento médico, la ingeniería y otros de los que saben poco, pero cuyos resultados ven y valoran. Nuestro salvaje, sin saber nada de esto, actúa como quien se considera un hombre perfecto, completo y acabado. Capaz de entenderlo todo.

Viviendo durante años con indios, con campesinos y con obreros, he oído de los primeros más preguntas –y más inteligentes– y he percibido en ellos mucha más fantasía y curiosidad manifiesta. Siempre repito que en cada aldea indígena aislada que visitaba era inmediatamente objeto de largos interrogatorios y no pocas veces de exámenes físicos e indagaciones por parte de indios que trataban de definir mis características antropomórficas. Especialmente las que más contrastaban con las suyas. También tuve que responder a mil preguntas complicadas. Querían saber, al parecer, si nuestros abuelos, en algún momento y lugar, se habían conocido y qué obras habían hecho juntos. Analizando posteriormente sus preguntas, me di cuenta de que lo que querían saber era si los antepasados míticos, a los que atribuían la creación de los hombres, las florestas, las piedras y las estrellas, eran conocidos nuestros. También preguntaban por el origen del hierro, la sal y las cerillas, queriendo saberlo todo sobre ellos. Otra pregunta que hacen cuando ganan intimidad es: ¿Por qué os preocupáis tanto, trabajando sin descanso, como si los árboles fueran a dejar de dar fruto?

Difícilmente un campesino o un obrero, y menos aún un burgués, preguntarían tales cosas. Simplemente suponen que se trata de cuestiones obvias o sin importancia. Como mucho aconsejarían: - Pregunte al doctor. Realmente no quieren preocuparse. Piensan que todo esto es muy complicado y que no les corresponde a ellos entender esas cosas. Saben que son hombres parciales, con dominios específicos de un saber demasiado vasto para que cualquiera pueda abarcarlo por completo. Y se resignan a ello.

Todo esto significa, por un lado, que entre aquel salvaje y nosotros la distancia no es tan grande. Están en esa posición histórica en la que estabais vosotros, los romanos, hace unos diez mil años, cuando aprendisteis a sembrar los campos. Tenemos en común todo el pasado anterior de la formación del sustrato cultural humano construido a lo largo de cientos de miles, tal vez un millón de años. Este es nuestro denominador común. Como vemos, lo que tenemos en común son las últimas instancias de una larguísima evolución común que nos separó hace unos seis mil años, cuando algunas sociedades se dividieron en componentes rurales y urbanos, inaugurando la historia de las luchas de clases.

2. Sermones a los indios

Así que, aunque dije que sus preguntas no eran inteligibles ni tenían sentido para nuestro salvaje, debo rectificar. No es exactamente así. Probablemente tendrías en ellos un público atento e inteligente si les planteara los problemas con toda claridad.

Imaginemos un diálogo así. Dirías, por ejemplo:

- Mira, cuñado, estoy angustiado, quiero un consejo. Sé que los campos seguirán dando buenas cosechas. También sé que seguirá habiendo caza y pesca para nuestros hijos y nietos, como las hubo para nuestros abuelos. Pero tengo miedo. Mi gente fuera de la selva ha crecido mucho y está confundida. Recientemente hemos aprendido que podemos cruzarnos con todas las razas y nos estamos mestizando y reproduciendo rápidamente. Pero no sabemos qué pasará con los hombres, sobre todo con los mestizos, que se multiplican tan prodigiosamente. Hemos progresado mucho; para producir ya no dependemos de la fuerza muscular como ustedes; disponemos de potentes fuentes de energía, máquinas e instrumentos capaces de hacerlo todo. Pero están aumentando tanto que nos asustan. Al parecer, las máquinas ya se encargan de nosotros. No creas que tienen voluntad propia, que nos atacarán o morderán. ¡Nada de eso! Son cosas muertas, como tu arco y flecha, que no pueden salir solos a cazar. Pero son muchos y generan una prosperidad que, aunque no es generalizable, se concentra en pocas manos. Lo peor es que tienen su propio ritmo y nos obligan a trabajar a un ritmo que, al no ser el nuestro, nos cansa mucho.

Sigue explicando tus angustias y perplejidades. Cuéntales que hace algunos pocos milenios ciertas sociedades se dividieron en clases y que desde entonces la guerra se libra más dentro que fuera de la tribu. Diles que al mismo tiempo las tribus se fusionaron en grandes unidades político-territoriales y que éstas también empezaron a expandirse y a luchar. No en combates reglamentados como las guerras entre una tribu y otra, sino en guerras inverosímiles, sin causa inteligible y sin heroísmo. Confiesa que nuestra técnica guerrera es ya tan eficaz que ni siquiera los árboles sobreviven a ella.

Explícale a nuestro salvaje –con la cautela necesaria– que estás allí, en su aldea, hablando, porque esos movimientos de expansión llegarán pronto a su tribu perdida en la selva. Añade que entonces él y su pueblo serán fatalmente reclutados en el sistema mundial de producción para producir lo que no consumen con el fin de intercambiarlo por lo que ni producen ni necesitan. Pero lo necesitarán.

Si puedes explicar todo esto, admite que, tal vez, no valía la pena tanto esfuerzo civilizatorio. Pero di directamente que no es culpa tuya en absoluto. Que se entienda que estas cosas son el resultado de otras cosas hechas y decididas hace mucho tiempo por fuerzas que nadie podía controlar. Consuela a nuestro indio diciéndole que todo esto es inevitable. Que tal vez lo inevitable sea lo mejor, ya que la civilización los alcanzará inexorablemente para civilizarlos. Deja claro que la

concatenación histórica que nos produjo como fruto y semilla de la línea principal de la evolución humana no tenía ningún propósito. Era sólo una de las posibles líneas de conducta. Tuvo tanto éxito que dio precedencia a las sociedades que la siguieron, aunque fuera contra su voluntad. Explícales que, como no podemos deshacer el pasado, lo más fácil es seguir trotando en la misma dirección. ¿Con qué fin? Para nada. Confiesa que nos hemos ido haciendo y rehaciendo hasta llegar a nuestras preciosas y muy avanzadas formas actuales, sin ningún plan. Sin ningún objetivo.

3. Hombres *ersatz*

Suponiendo que esto esté dejando de interesar a nuestro salvaje, continuemos, los dos, el diálogo que has propuesto. ¿Qué decir de su preocupación por los hombres del futuro y el futuro de los hombres? Todas nuestras perplejidades sobre los hombres proyectados desde futuros inciertos, lejanos y sólo vagos, tienen como nudo la percepción, finalmente lograda, de que la civilización entra en un nuevo ciclo. Reflejan el descubrimiento de que estamos situados en un nuevo punto de inflexión en la historia de la humanidad. Desde nosotros y de ahora, los hombres armados con poderes totales tanto de destrucción de toda vida como de producción prodigiosa de todo lo que quieran, están condenados a utilizar estos poderes para rehacerse según un proyecto intencional. El tiempo de la inocencia ha terminado. Ahora es imposible avanzar sin un proyecto intencionado, viviendo al puro arbitrio de la suerte y el azar. Estamos desafiados a formular un proyecto intencional de nosotros mismos. Esta inquietud es la que vibra detrás de sus preguntas. Ya no podemos ser el producto residual y desafortunado del juego de fuerzas incontroladas dentro de las líneas de la tradición, tendremos que ser, a partir de ahora, criaturas de nosotros mismos, productos lúcidamente buscados, científicamente contruidos en cada detalle, desde la forma físico-biológica que se mejorará, hasta los grados y tipos de inteligencia que se programarán, y quizás también hasta las predisposiciones espirituales y morales que se orientarán según valores inducidos.

Lo que más me preocupa es que este hombre *ersatz* suyo, que puede estar en nuestro futuro, será abominable a los ojos de cualquier hombre natural, de aquellos que se ven a sí mismos como criaturas de un Dios perfecto e incluso, cuando son ambiciosos, como réplicas de Dios. Su hombre nuevo almorzará y cenará la comida que los servicios centrales de inteligencia elijan para él. Amará la patria que le inventen. Tendrá sus sentimientos alimentados por las cargas puestas en sus baterías emocionales. Lo mismo ocurrirá con las mujeres u hombres que amaré y con sus hijos y padres y todo lo demás. Todo estará completa y detalladamente prescrito para que sea uniforme y perfecto. El viejo hombre, superando al Creador, creará la nueva forma que modelará a los hombres nuevos.

Pero este no es mi problema. El lejano y abominable hombre-nuevo, hijo de nuestros nietos, de hecho, no me importa ni me preocupa. Salvo, quizá, en el sentido de que ahora lo estamos fabricando, con las decisiones que tomamos cada día y que lo conforman, a su pesar. Pero no a pesar de nosotros, ni en virtud de nuestra propia voluntad, porque estas elecciones, aunque irreflexivas, nos pertenecen. Las ejercemos. Entre ellas, la terrible opción de elegir –¿y como escapar a esta elección?– entre ser y seguir siendo productos del azar; o convertirnos en frutos de una racionalidad arquitectónica. El azar ha hecho de nosotros lo que hemos sido y lo que somos: seres de culturas y civilizaciones canónicas, fundadas en la tradición, capaces de crear modelos y estilos con la aparente solidez de las cosas naturales. La planificación y la elección rigurosa de la eugenesia, la racionalidad de la ingeniería social, la frialdad de la biología genética, producirán el hombre nuevo, no canónico sino programado, prescrito. Y él nos asusta.

4. Humanismo y cosas chinas

En varias preguntas hablas del humanismo occidental. ¿Qué es eso, amigo romano? ¿Qué es para mí, un mestizo brasileño?

Para el europeo se trata de un discurso que, partiendo, según los gustos, de las tradiciones grecorromanas o del cristianismo primitivo, traza una línea de hipotética continuidad histórica que a lo largo de los milenios garantizaría la preservación de ciertos valores espirituales. Pero ¿es este un discurso verdadero? ¿O es sólo autocomplacencia, una vana pretensión? ¿Son los europeos de hoy los nietos de los griegos o son sus nietos los árabes de quienes recibieron su herencia helenística? ¿Los valores judeocristianos, encarnados por los europeos, representaron la realización práctica del Sermón de la Montaña? ¿O sirvieron principalmente para inspirar movimientos expansionistas y cruzados, como todos los que dilaceraron a los pueblos, cristianizando, occidentalizando, europeizando la inmensidad del mundo?

Puede que alguna otra civilización –la civilización romana de las arenas, por ejemplo– fuera más hostil al hombre, más cruel y más capaz de animalizarlo u objetivarlo que la llamada civilización occidental-europeo-cristiana. Pero tiene grandes títulos para disputar el primer puesto. En su ciclo agrario-mercantil, trasladó a cien millones de negros de África a otros mundos, como carbón que ardió en el sistema productivo internacional durante siglos. Simultáneamente, alistó, esclavizó y quemó a otros cien millones de nativos americanos y pueblos de otras partes del mundo, podridos por las enfermedades que portaba el hombre blanco, masacrados en sus guerras de conquista o agotados en el trabajo esclavo. Más tarde, en otro movimiento, esta misma civilización cristiana convirtió a los propios europeos –alrededor de 60 millones– en ganado humano, también exportado a ultramar como mano de obra sobrante y barata. El efecto de este fenómeno fue modelar inmensos mundos extraeuropeos donde la europeidad se multiplicaba prodigiosamente en unidades nacionales mucho más grandes y uniformes que sus matrices. Los españoles, que nunca unificaron lingüísticamente la Península Ibérica, configuraron una inmensa Hispanidad americana. Los británicos, que nunca pudieron integrar a los pueblos de las Islas Británicas, construyeron un mundo neobritánico, uniformemente inglés, en vastas regiones de la Tierra. Nuestros propios abuelos portugueses, tan escasos de gente, se multiplicaron tanto y tan bien en vientres de mujeres indias y negras que construyeron en Brasil la mayor de las naciones neolatinas en tonelaje humano. A pesar de utilizar mosaicos raciales tan dispares y de desperdiciar personas en un gigantesco derroche, actuando como prodigiosos fecundadores, los conquistadores europeos crearon vastos mundos uniformes, multiplicando las subeuropas en los continentes que colonizaron.

Lo importante, sin embargo, es recordar que el europeo vivió este papel demiúrgico como agente y paciente. Fue protagonista y víctima de un proceso civilizatorio más relacionado con lo humano que consigo mismo. En ello y a través de ello dominó las técnicas de navegación oceánica y las armas de fuego que permitieron la construcción de la primera civilización mundial. Luego, en un segundo ciclo, reactivando su ímpetu con la energía del vapor, el petróleo y la electricidad, ampliaron aún más su dominio imperial. Ahora, armados con energía termonuclear, plásticos, rayos láser, etc., amenazarían por sí mismos y por sus criaturas ultramarinas –especialmente las neobritánicas– con europeizar a toda la humanidad.

Cada uno de estos logros supuso un aumento del poder humano para ejercer control sobre la naturaleza. Pero fue, al mismo tiempo, una vicisitud a la que la propia naturaleza humana se vio sometida, empobrecida y disminuida. Para una mirada

ingenua, estos pasos evolutivos eran proezas europeas. Para un ojo más crítico, aparecen como exploraciones exitosas de algunas de las limitadas posibilidades de acción sobre la naturaleza abiertas a los hombres. Lo importante es que, al tener lugar en Europa, permitieron europeizar el mundo, dando a los europeos la impresión de ser los agentes y no los pacientes de la historia. Esto les permitió colorear el mundo con sus colores étnicos y lingüísticos, haciendo creer a todo el mundo que la civilización era un logro del hombre blanco, europeo, occidental y cristiano. Un logro de su creatividad, brotado en los últimos siglos, tras milenios de mediocridad.

De repente, sin embargo, descubrimos que la electricidad y la gasolina no son ni europeas, ni occidentales, ni cristianas. Somos conscientes de que durante demasiado tiempo hemos confundido peras con manzanas. Los chinos, que hoy incorporan estos elementos a su cultura, tecnificándola, también se están transformando, pero ya haciéndolo desde su propia tradición, conservan su perfil etnocultural. Es cierto que así se acercan a los pueblos que antes recorrieron el mismo camino, en la medida en que se arman con los mismos instrumentos productivos, que experimentan los efectos socioestructurales de la adopción de las nuevas técnicas, que se capacitan para enunciar el mismo discurso sobre la naturaleza de las cosas, e incluso para encarnar las mismas utopías de autorreconstrucción social. Sin embargo, esta difusión tecnológico-productiva, socio-institucional y neo-ideológica ya no se procesa como un movimiento de expansión de la europeidad equivalente a los que formaron los proletariados externos de las naciones europeas, hoy reunidos en el llamado Tercer Mundo. Ahora bien, en el caso de los chinos, es algo así como un esfuerzo por recuperar el control de su propio destino para promover el desarrollo autónomo de sus potencialidades. De este modo, aunque las unifica con respecto a otras sociedades que anteriormente experimentaron las mismas vicisitudes, se preservan sus características distintivas; se evita la degradación que acompañó a las expansiones coloniales y se pone fin a la europeización obligatoria. Ahora nos damos cuenta de que no provenía del progreso tecnológico, y de su difusión, sino de la circunstancia de que, junto con cada innovación tecnológica y cultural, se imponían formas constrictivas de orden social y componentes ideológicos espurios.

Los pueblos americanos y africanos antes afectados por los movimientos expansionistas europeos vieron, primero, como los siervos de Dios que bajaban de los barcos los esclavizaban por amor al dinero. Luego, como los empresarios, desembarcados de los barcos como promotores del progreso, destruyeron sus antiguas formas de subsistencia y prosperidad general, para implantar en su lugar la prodigiosa prosperidad de unos pocos en medio de la pobreza general.

Además de haber sido saqueados, esclavizados y expoliados en el plano material, fuimos corroídos en el plano espiritual por haber introyectado en nuestro espíritu la idea de nuestra inferioridad intrínseca e incluso de nuestra fealdad innata, en comparación con el hombre blanco. Así, hemos aprendido a rechazar nuestra propia figura por indigesta, a repudiar nuestros estilos de vida por bárbaros, a depreciar nuestras tradiciones por abyectas, heréticas e incluso inhumanas.

Lo más desastroso es que esta doctrina alienante no sólo se ejerció sobre los educados, sino sobre toda la población. Conocí a indios catequizados que me contaban historias bíblicas, como la del Arca de Noé, cuando les preguntaba por los mitos de sus antepasados. Uno de ellos se convirtió tan fervientemente que se creyó el nuevo profeta, el nuevo mesías destinado a salvar al hombre del pecado y la iniquidad. Conocí a otro, tan amargado por todas estas vicisitudes representadas por la llegada del hombre blanco, que se acostó un día en su hamaca, decidido a morir. Y murió de verdad, por pura falta de ganas de vivir la vida que la civilización le había impuesto.

5. Edades futuras

Puede ocurrir que tu lejano y abominable hombre nuevo, o el proyectado para el próximo milenio, también muera de la misma enfermedad que mató a aquel indio: el aburrimiento. Pero hasta entonces, sin duda habrá mucho que hacer. Tanto es así, que algunas generaciones aún pueden tener un sentido de misión que las dignifique a sus propios ojos y las salve por sí mismas. Después de esa época –la Era-de-la-Gran-Tarea– es probable que sólo las drogas, con sus asombrosas posibilidades químico-espirituales de felicidad ersatz, puedan consolar a los hombres futuros del aburrimiento ante la vida que se abrirá ante ellos. Pero esa es otra historia. La historia de una época de la que no sabemos nada.

La Edad-de-la-Gran-Tarea humana es ese tiempo-puente entre el hombre residual, natural-histórico de hoy y el hombre proyectado, criatura de sí mismo, que apenas podemos adivinar. La tarea de esta Era es superar las distancias abismales que separan a los hombres por sus condiciones materiales de existencia. Para ello será necesario primero rehacer las formas de intercambio internacional en este mundo nuestro en el que son los pueblos pobres los que pagan la prosperidad de los pueblos ricos. Simultáneamente tendremos que aprender a basar las formas superiores de convivencia humana dentro de cada sociedad en la fraternidad y ya no en la caridad. Como esta reconstrucción no puede hacerse en frío, nuestra tarea política consistirá en encender en los pueblos un ímpetu de lucha, un sentimiento de su propia dignidad y de orgullo de sí mismos, como el que ejercen hoy, para asombro de todos los hombres, los vietnamitas.

Me gusta pensar, en términos hegelianos, que esta tarea histórica es nuestra –de los subdesarrollados– porque es nuestro privilegio ser combatientes de la libertad, del desarrollo uniforme e igualitario para todos los hombres. Pero también porque, marxianamente hablando, la victoria de los oprimidos será la liberación de todos, incluidos los opresores.

6. Nuestros hombres nuevos

Pero no es exactamente así. Una ola de rebelión convulsiona todas las sociedades a escala mundial, despertando a multitudes de insumisos que protestan y se sublevan tanto en los países pobres como en los ricos. Es la historia movilizando a su ejército de millones de personas descontentas con el mundo tal como es. Ella alista a quienes se preparan y se emplean para rehacerla. Estos son nuestros hombres nuevos, los que, luchando de mil maneras y en todas partes, crean el Mundo Nuevo. Sus antagonistas son los que quieren congelar la historia. Sus compañeros, nuestros camaradas, son los insurgentes de todas las clases y colores. La propia lucha mientras se libra dignifica la vida de millones de personas.

La reedificación del mundo abrirá, a su vez, enormes posibilidades para todos. Imaginemos las promesas de alegría existencial que podrían abrirse a otros tantos jóvenes nórdicos que se licenciaron en medicina o lo que fuera, mientras aprenden la lengua bantú o el quechua, para construir y vivir vidas que merezcan la pena en África o en las Américas. Pienso en la redención que representaría para millones de nietos de Lenin que engordan y esperan la guerra del fin del mundo, la reactivación del afán revolucionario, en vidas de maestros de escuela o profesionales en India o Paraguay. ¿Existe una oportunidad mejor para dignificar la vida de tantos millones de jóvenes educados, bien alimentados y desilusionados que vegetan en los países ricos, sin tarea y sin misión? Sería quizás la única manera de salvarlos. Entiéndelo bien. Ellos no darían nada a nadie por generosidad. Simplemente habrían encontrado un sentido a sus insípidas vidas, un destino aún más elevado que cualquiera de los que, en el

pasado, prendieron fuego al pecho de los hombres induciéndoles a arder por amor a un ideal.

Más allá de esa Edad-de-la-Gran-Tarea sólo vislumbro la época oscura del hombre nuevo de la que me hablas. En verdad, un hombre sin causa y sin virtudes. O más exactamente, sin nuestras causas y sin nuestras virtudes. En efecto, ¿qué será de la caridad en el reino de la abundancia? ¿O humildad en la era de la igualdad? ¿Qué será de la continencia y la templanza para los hombres racionalmente contruidos, con sus instintos dominados y sus deseos sólo punzantes para ser pronto atendidos por un arte sofisticado? ¿Qué será de la resignación, la modestia y la dulzura cuando la pobreza se haya vuelto obsoleta? ¿Cuándo la ostentación es superflua y la opresión impracticable? ¿Qué será de la fidelidad, la lealtad y el coraje cuando los valores se inducen intencionadamente y su cumplimiento es una mera cuestión de eficacia de los inductores?

¿Cuáles serán las causas de los hijos de nuestros nietos?

7. Eras y vacas

A veces pienso que la historia puede dividirse en dos tipos de épocas: las Eras-de-las-vacas-flacas y las Eras-de-las-vacas-gordas. La Roma imperial fue una época de vacas flacas que por millones fueron heroicamente quemadas por los Césares. La Edad Media fue sobre todo una época de vacas gordas en la que generaciones de hombres pastaban pacíficamente sin ser llamados a ninguna gesta heroica.

Para los pueblos que han avanzado tecnológicamente, nuestra era amenaza con ser una era de vacas gordas, pastoreadas por patricios y pastores que les darán todo lo material e incluso dictarán sus deseos más íntimos. Serán, tal vez, vacas felices, libres del trabajo duro y liberadas de las disciplinas impuestas por la fatiga. Pero no sabrán qué hacer ni por qué luchar. Serán perezosas, porque desarmadas de todo espíritu creativo, generosidad o rebeldía, serán desheredadas hasta de la audacia de proyectar y luchar por utopías. Finalmente perderían hasta los gustos más sencillos, como ejercitar el cuerpo y la inteligencia. A estas vacas obesas y borrachas sólo les quedará tumbarse y morir de aburrimiento y desilusión.

Es lo que podría ocurrir en ausencia de un proyecto de gestión racional de la historia, capaz de encender a las generaciones actuales, convirtiéndolas en constructoras del nuevo mundo. En mi opinión, la única garantía de que esto no ocurra es la existencia multitudinaria de pueblos-vacas-flacas que, con su lucha, darán sabor, tono y sentido a la vida. Una lucha a la que estamos condenados por la necesidad de liberarnos de quienes nos impiden, hoy, comandar nuestro propio destino para prosperar por nosotros mismos. Una lucha que encarne en nosotros la misión humana de repensar el mundo como proyecto y rehacerlo como utopía por la que merezca la pena quemar la vida.

8. Somos los que serán

Tu última pregunta, mi querido romano, suena como un lamento. «En este cuestionario intento arrojar algo de luz sobre la posibilidad de que el hombre pueda salvarse a sí mismo. Pero soy europeo. Este cuestionamiento y su urgencia, quizás, ... etc.».

No soy europeo, afortunadamente. Soy esa cosa perpleja que el europeo, alejado de Europa, ha generado mezclándose con indígenas y negros, y que aún está en busca de su propia identidad y destino. Durante siglos y siglos no tuvimos ni cultura

propia ni humanidad. Éramos sociedades-factorías en las que los hombres se gastaban para producir azúcar u oro o café. Contra los designios del colonizador, inesperadamente, el sistema diseñado para producir mercancías y, a través de ellas, riqueza y beneficios exportables, acabó produciendo una humanidad de mestizos que nacieron en las haciendas y en las minas, pero que un día empezaron a organizarse en naciones que buscaban definir sus propias culturas. No eran culturas auténticamente suyas. Eran meros trasplantes espurios de la cultura del colonizador, destinadas más a explicar, justificar y eternizar la colonización y la dependencia que a permitir cualquier afirmación espiritual autónoma. Tampoco eran naciones independientes. Eran meras dependencias neocoloniales subdesarrolladas que, por mucho que progresaran, sólo progresaban en su propio subdesarrollo y dependencia.

Donde y cuando la prosperidad era suficiente, construían templos y palacios, conformados en los únicos estilos que podían tener –los heredados de Europa–. Más tarde, compusieron literaturas, también basadas en modelos europeos. Más tarde aún, escribieron ensayos basados en conocimientos importados como la mejor ciencia europea. Con ellos aprendimos que nosotros, con nuestras razas inferiores, nuestros climas malsanos, nuestra pereza innata, no somos aptos para el progreso.

Fue muy difícil enfrentar, más allá de la opresión imperialista externa, más allá de la comprensión cómplice de nuestras clases dominantes, compuestas de puños de hierro de intereses extranjeros, esta conspiración, urdida dentro de nuestro propio espíritu, para mantenernos enredados en la dominación. Sólo en los últimos años empezamos a darnos cuenta de que nuestro atraso no es natural ni necesario, sino inducido. Que somos el producto que podría dar el proyecto de prosperidad de una clase dominante subordinada, dentro de un sistema mundial de dominación colonial.

Este descubrimiento nos llena de alegría. Nuestros pueblos morenos, nuestros países soleados se nos revelan de pronto como el mejor pueblo y la provincia más privilegiada de la Tierra, para reedificar aquí lo humano.

El panorama sigue siendo feo. Fuerzas internas y externas mancomunadas persiguen, violan, torturan, censuran y trucidan a los mejores y más lúcidos de entre nosotros. Pero seguimos luchando y en la lucha encontramos la sustancia y la identidad que buscábamos. Somos hoy los pueblos que se arman con proyectos propios, como pueblos que quieren existir por sí mismos. Somos nosotros quienes haremos las revoluciones aplazadas. Somos nosotros los que creemos y actuamos. Nosotros somos los que no tenemos pasado. Tenemos futuro.

El hombre proyectado del que hablas y que tanto parece asustarte porque es un hombre terminal, acabado y perdido, no existe para nosotros. Tal vez sea visible desde una perspectiva romana. Pero este es un problema del nieto del hijo que nunca tuve. Mi problema es nuestra lucha, buena y generosa desde aquí y ahora, para crear la vida que puede ser y que merece la pena vivir.